

EL RANCHO

Corona la cuchilla
sobre un mar de gramilla;
diríase una quilla su techo, y todo él es
como un barco al revés;
como uno de esos barcos náufragos que a la orilla
arrojó el oleaje,
Y allí quedan, volcados sobre el suelo,
hablando al alma de un lejano cielo,
de un mar ignoto y de un terrible duelo,
de corsarios, de muertos, de abordaje...
Barco volcado en que una raza fuerte
cruzó del tiempo el piélago profundo,
y triunfó de la muerte,
pero fué vencida
por la vida del mundo...
¡Barco tumbado que el pampero azota,
que hoy habitan el paria y el ilota,
más que, tal vez mañana,
abandonado dejarán sin pena,
como deja la errante caravana
el inseguro aduar sobre la arena!

Resto de naufragio, castigada nave;
casucha del hombre, que no envidia el ave;
frágil al empuje del crudo pampero;
refugio sumario y típico, el rancho;
¡de barro y de paja, como el del hornero,
miserable y sucio, como el del carancho!

Corona la cuchilla no por dominador,
sino para que el agua del río no le arrastre
cuando del bajo sube, turbio, avasallador,
llevando a dónde llega la muerte y el desastre.

Tiene la forma de un arca,
y es un arca inconsistente por la tierra detenida
al fin de quién sabe qué
diluvio. Dentro el patriarca
de tez por el sol curtida
y luenga barba florida,
rememora lo que fué,
inmóvil ante la eterna correntada de la vida...

Evocación de una era
de épicas abnegaciones y sacrificios violentos,
en la que la raza altanera,
en la punta de las lanzas, rayos de la montonera,
ofrecía una bandera
al abrazo de los vientos!
Nido del gaucho aguerrido
en el duro batallar
por la patria o el partido;
no más sólido que el nido
donde se va a refugiar,
para morir o para descansar
el fiero chimango herido.
Débil tienda de campaña,
rústica improvisación,
con techumbre de espadaña
y paredes de terrón,
efímera, transitoria, deleznable construcción
de pájaros que renuevan
su casa en cada estación;
carpa de guerra en un vasto
campamento — el territorio
nacional — surge entre el pasto
como un nidal provisorio...
Exigua vivienda humana,
apenas techo y reparo
en el latifundio, hermana
del ombú que te da amparo,



eres crisol de una raza bronceína
que regó con su sangre el terruño
y de las fronteras trazara la línea
a punta de lanza y a fuerza de puño;
y que después de haber hecho su obra
sólo a tenido para refugiarse
a descansar de la ruda zozobra
esa precaria guardida en que echarse...

Razas de tierras lejanas vinieron
a fecundar la desierta campiña,
de espigas de oro la pampa cubrieron
y en los pedregales plantaron su viña...
Pero el rancho sigue siendo la vivienda
de los que fecundan la roca y el cieno:
carpa improvisada, provisoria tienda
de un pueblo que habita sobre campo ajeno...
Hoy junto al caballo que impaciente afuera
aguarda al jinete, no es extraño ver
la yunta de bueyes que rumiando espera
la eficaz picana que la haga mover.
Y hasta el pinglo inquieto que en heroicos días
fué el corcel piafante de las correrías
suele, en una agrícola paz beatificado,
verse honestamente prendido al arado,
semejando un poco a esos luchadores
que al llegar a viejos se hacen labradores...

Jóvenes países, en dolores viejos —
¡oh grandes estancias que gobierna un amo! —
que los proletarios que llegan de lejos
atraídos siempre por vuestro reclamo,
hallen un refugio menos miserable
casa más segura, tienda más estable
que el barco tumbado de donde la mar
apenas crecida los viene a arrojar.
¡El barco tumbado! El viento lo azota;
el mar lo amenaza; lo habita el ilota,
aquel que mañana
tendrá que dejarlo, partiendo sin pena,
como deja la errante caravana
el inseguro aduar sobre la arena...

EMILIO FRUGONI.